

El amor, la muerte y la vida (Marcelo Pablo "El Lobo" Dilauro)

No se tiene conocimiento de lo ocurrido, tal vez un virus mortal o la implacable consecuencia de algún "daño colateral"; lo cierto es que el subterráneo de la Ciudad de Buenos Aires era tierra de nadie. El cartel color rojo, que en su época de esplendor llevaba impreso el nombre de Federico Lacroze, colgaba moribundo de un cable quemado y destruido.

La estación era un paraje solitario y mugriento; boleterías reducidas a escombros; paredes quebradas; carteleras publicitarias vacías, rotas, sin propagandas, desvencijadas por el tiempo; rieles partidos en varios pedazos y señales oscuras. Sola en ese andén había quedado una formación de cinco coches sin vidrios en sus ventanas y con la carrocería oxidada por los años, aunque sus asientos largos y rectangulares de pana color rojo habían resistido a la devastación.

Ningún alma recorría ese lugar perdido en el tiempo; habían quedado en el pasado los viajes cotidianos de la gente sin tiempo, los trabajadores como "topos urbanos" trabajando bajo tierra, los reclamos por mejoras salariales, la demanda de las seis horas gritando insalubridad, los logros de un Sindicato independiente formado por mujeres y hombres que soñaban con un futuro mejor... Todo era silencio, mezcla de desolación y abandono.

Misteriosamente, o tal vez como milagro del destino, en el centro de toda esa escena lúgubre, sentado en uno de los asientos de pana en el coche cuatro de esa formación abandonada en el andén, se encontraba un hombre. Tenía un cuaderno sobre sus piernas y de tanto en tanto escribía. Su aspecto era normal, de estatura mediana, cuerpo robusto, cabello oscuro, tez blanca donde resaltaba una barba estilo candado prolijamente recortada. Tendría unos cuarenta y tantos años, e iba vestido con pantalón jean, mocasines y una remera color negro. Escribía y de a ratos se asomaba al pasillo de ese coche para observar el resto de la formación. En un momento, con su cuaderno en mano, comenzó a caminar por el pasillo dirigiéndose al coche cinco.

Tal vez haya sido su persuasión o tal vez el destino le marcó un camino distinto a esa realidad oscura, porque en el coche cinco, sentada en uno de los asientos, se encontraba una mujer leyendo un libro. Tenía treinta y tantos años, cabello muy negro recortado hasta la altura del mentón, ojos color almendra muy brillantes, nariz aguileña, pómulos marcados y una boca pequeña de labios carnosos; vestía una blusa abotonada y unos pantalones elastizados que marcaban su hermosa figura.

—Hola —se acercó el hombre a esa mujer—, me llamo Marcelo y le juro que nunca imaginé encontrar a alguien en este lugar abandonado.

—Hola —la mujer extendió su mano saludando a Marcelo—, podés tutearme, me llamo Elizabeth y tampoco imaginé cruzarme con un hombre justo acá.

Mirándose de diez a quince segundos sin interrupción, recrearon esa imaginaria luz que hacía tiempo se había apagado en el subterráneo.

—Siento que te conozco de antes —dijo Marcelo con ternura.

—Tal vez... tu rostro me resulta familiar —contestó Elizabeth mientras guardaba en su cartera de color negro el libro que estaba leyendo.

Marcelo se sentó en el asiento opuesto a Elizabeth, se ubicó frente a frente, observándola con dulzura.

—¿Qué estás leyendo?

—Es un libro que tiene muchos años y es parte de mi vida, lo leo siempre y nunca me canso de leerlo: *Mujeres*, de Eduardo Galeano —dijo Elizabeth con una sonrisa en su boca.

—Excelente libro, también lo leí —aseguró Marcelo.

—¿Y vos qué haces por acá? —preguntó Elizabeth.

—Vine a escribir... Pensarás que estoy loco por venir a este lugar devastado, pero el subterráneo me inspira, tiene algo de misterio que me atrapa.

—¿Sabés algo? Me pasa lo mismo —dijo Elizabeth—, vengo a leer acá porque siento una necesidad inexplicable de hacerlo.

El subterráneo era fiel testigo del encuentro de estos dos seres salidos de alguna parte, entre los que se vislumbraba una conexión especial, tal vez el comienzo de una historia de amor en un mundo de túneles y rieles olvidados en el tiempo.

—Es muy extraño esto, siento dentro de mí una sensación placentera estando acá con vos, un “yo” interior que revoluciona mis sentidos —dijo Marcelo.

—Sí, me pasa lo mismo; hay algo en tu persona que me hipnotiza, me atrapa... No creo conocerte de antes, pero sí, siento lo mismo —explicó Elizabeth.

—Tal vez el brillo de tus ojos, que encienden “chispitas” en tu mirada —expresó Marcelo con sensualidad.

—¡Ja, ja, ja! ¡Me encantó lo de las “chispitas”! Es como si el destino nos hubiera marcado este encuentro —concluyó Elizabeth.

—Lo increíble de esto es que nos podríamos haber encontrado en otro lugar y estamos acá, donde todo es abandono y tristeza —reflexionó Marcelo señalando a su alrededor.

—Es cierto, pero tal vez la vida nos encomendó este encuentro para cambiar o iniciar algo —contestó Elizabeth.

Las miradas de ambos eran más que elocuentes; se percibía, en ese aire desolado, la pasión por el otro; las ganas y el deseo casi irrefrenables asomaban en cada porción de piel.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó Elizabeth.

—¡Sí, por favor! —asintió Marcelo señalando con su mano izquierda el espacio vacío junto a él.

—¡Es tu piel! Es el aroma de tu piel lo que provoca un despertar dentro de mí —dijo Elizabeth.

—No uso ningún tipo de esencia —contestó Marcelo.

—Lo sé... es el aroma que emana sutilmente de tus poros y cuando se libera de tu piel me produce el más increíble encantamiento.

—¿Dónde está el paraíso del cual viniste? —sonrió preguntando él con una voz muy suave.

Marcelo giró suavemente el rostro de Elizabeth con la intención que ambas bocas estuvieran en una línea recta imaginaria que relacionaba los labios humedecidos de ambos. El beso fue infinitamente más que un simple beso, fue el comienzo imparable de los sentidos; como de milagro, las luces mortecinas del coche cinco comenzaron a encenderse.

Las pequeñas manos de Elizabeth acariciaban la nuca de Marcelo mientras el beso parecía no tener fin. La boca de Marcelo se apartó suavemente de los labios de Elizabeth para recorrer el cuello tibio de esa mujer completa de sensualidad; sin que ellos se dieran cuenta, el cartel de rojo con el nombre Federico Lacroze retomó la vivacidad del pasado.

Elizabeth desabrochó los botones de su blusa y se la quitó, mientras Marcelo hacia lo propio con su remera; las boleterías de la estación renacían de sus cenizas como si unos minutos antes algún político con futuro de presidiario las hubiera inaugurado.

Las manos de Marcelo quitaron el sostén y dos pechos turgentes con el aroma de la canela y la dulzura del almíbar retozaron inmaculados en el cuerpo de Elizabeth; los vidrios aparecieron, en el más absoluto silencio, colocándose prolijamente en las ventanas de toda la formación.

Los labios de Marcelo se deslizaban por toda la piel de Elizabeth mientras ambos se desprendían del resto de sus vestimentas; los rieles partidos comenzaban una danza casi imperceptible hasta unirse por completo en tanto los carteles cubiertos de publicidad sonreían con sus luces de neón.

Elizabeth y Marcelo comenzaron el más sublime ritual del amor, arrodillados en el piso del coche cinco, que extrañamente brillaba como una estrella; reconocían y saboreaban cada tramo de sus cuerpos desnudos, sus sexos latían desenfrenadamente y sus corazones palpitaban ansiosos la unión del juego.

Marcelo tomó de la mano a Elizabeth y ambos desmontaron parte de los asientos para armar una cama en el piso del coche; las luces del túnel recobraron vida y como si fueran cometas inmóviles incandescentes encendieron cada una de las señales.

Elizabeth y Marcelo eran uno solo, perfectos, pasionales, aromáticos, únicos... La suavidad de sus movimientos corporales ensayaba un excitante baile imaginando el sonido del blues; las paredes de toda la estación pusieron coraje y taparon sus fisuras uniéndose en forma perfecta. Dicen los científicos, los investigadores y también los escritores de leyendas urbanas que nunca tuvieron conocimiento en la historia de los tiempos de los sonidos inigualables de las risas provenientes desde el fondo de las almas de Elizabeth y Marcelo cuando se derramaron uno dentro del otro; instantáneamente los motores de la formación estacionada en el andén se encendieron y la carrocería perdió su óxido y exhibió su color más intenso.

—Te amo como nunca amé —dijo Elizabeth recostada en el pecho de Marcelo.

—Te siento el amor de mi vida —contestó Marcelo.

El tiempo marcaba diez minutos para las cinco de la mañana. Desde el extremo izquierdo del coche cinco se acercaba una mujer cuyo cuerpo parecía tallado por los dioses, su piel increíblemente blanca iluminaba todo a su alrededor a cada paso que daba. Tenía un rostro perfecto y unos cabellos largos y brillantes que acariciaban su cintura.

—Queridos míos, ya es hora, nos tenemos que ir —dijo la mujer dirigiendo su mirada a Elizabeth y a Marcelo.

Ambos seres, sin expresar ninguna palabra, se incorporaron de los asientos que habían transformado en cama, los ordenaron, recogieron del suelo sus ropas junto con el libro de Elizabeth escrito por Eduardo Galeano y el cuaderno escrito por Marcelo. La mujer de la piel blanca se acercó a ellos con una sonrisa reflejada en su rostro, se ubicó en el medio de ambos y los tomó de la mano. Los tres comenzaron a caminar a lo largo de la formación, llegaron al último vagón y se alejaron internándose en la espesura del túnel.

El tiempo marcaba las cinco de la mañana; las puertas de acceso a la estación se abrieron; la gente, con la presteza impuesta por sus horarios, bajaba las escaleras hasta pasar los molinetes y ubicarse dentro de la formación que la llevaría a sus obligaciones rutinarias. Los empleados ocupaban sus respectivos lugares de trabajo, el Sindicato retomaba los sueños de un futuro mejor y... el amor y la muerte se unieron para dar vida.